

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

• **FRANQUEO  
CONCERTADO**

**FRANQUEO  
CONCERTADO**

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN

## CAMINO DEL CAMPOSANTO

La tarde, impregnada de tristeza, recuerda a los mortales el inevitable fin que les espera. Otros, nos han precedido, más jóvenes, más sanos, más llenos de ilusiones. Amigos muy queridos nuestros están ya convertidos en un poco de polvo y unos huesos desordenados dentro de una caja de metal.

Nuestros padres, que llenos de vida y de juventud, nos dieron a nosotros el ser y afanosamente fueron enseñándonos el camino de la virtud y del amor, ya también nos han dejado para rendir cuentas al Todopoderoso y hacer de su cuerpo polvo y miseria que el tiempo aventará no dejando de ellos ni un recuerdo.

Por el camino del Camposanto, camina la humanidad dolorida por la pena de los que se fueron. Sus ojos contemplan el polvo del camino, que «polvo fuimos...» y su corazón está lleno de recuerdos de una juventud, tal vez feliz, al recordarla en los momentos tristes de la vida. Sus labios musitan oraciones y suspiros y sus manos aprietan con ansia la inocente manecita del niño que inconsciente pregunta... lo que no puede comprender. Y toda una vida desfila precipitada por la mente de la triste viuda que ha perdido el compañero de su vida, el consuelo de sus tristezas, el complemento necesario a la educación de sus hijos, el corazón mismo que se fué, con quien el amor había sellado pacto de eterna amistad.

Y por el corazón del hijo huérfano, pasa rápida la procesión de cortos días felices en que el arrullo de una madre muerta ha dejado impresos en el corazón honda huella de un amor que crece aún más, cuanto más veloz corren los días.

Y sube también al Camposanto, el viejo solitario a quien la muerte y la vida le fueron arrebatando de su lado los seres queridos. Lleno de recuerdos se arrodilla ante la tumba de los que se fueron ya. No puede rezar... y llora; pero de su corazón brota una oración al Altísimo para recordarle que no le olvide, es viejo ya y nada tiene que hacer en el mundo: «Señor, tengo ya

muchos años... y estoy solo». Y lleno de esperanza baja de nuevo a la ciudad, porque él ha visto algo entre las rosas que adornaban a los seres queridos que ha interpretado como una llamada próxima.

Y es también el hermano quiense acerca hasta la tumba del hermano muerto, para decirle que no le olvida, que todos los días sus oraciones suben al cielo pidiéndole al Dios de la misericordia y del perdón por el descanso de su alma y que si El le llevó del mundo por aciaga enfermedad cuando el mundo le llenaba de honores y de triunfos, que le colme en el cielo de los verdaderos honores y de los verdaderos triunfos.

Y el niño sube también al Camposanto. Cree que verá allí al papá que se fué al Cielo o la madre que dió su vida porque él la tuviera. Y llama dolorido ante la tumba de sus seres queridos, de los que tiene el recuerdo que el amor ha hecho gravar en su corazón. Y baja triste y desconsolado... porque no ha visto a sus padres entre las flores del jardín.

Y siguen subiendo por el camino del Camposanto, los apenados por el dolor de la muerte, los que lloran la ausencia de sus seres amados, los tristes, los resignados, los que han sentido en su casa la dura realidad de la muerte.

Otro año transcurrirá y los que ahora suben enlutados por el dolor, posiblemente tengan allí su reposo y otros seres queridos se acercarán hasta los que ya serán polvo y cenizas o miseria cubierta de gusanos para meditar ante su tumba y musitar una oración que abra de par en par las puertas de la inmortalidad a los seres amados.

En la capilla del cementerio religioso, un Cristo con los brazos extendidos sobre la ciudad del silencio va recogiendo las plegarias y peticiones que el cariño y el amor hacen subir hasta su corazón. Como en el Calvario. Jesús, sigue perdonando y bendiciendo; sus ojos recorren los sepulcros y escucha la oración de la viuda desconsolada que busca el consuelo en la fé y en el recuerdo del amor per-

dido, sus lágrimas se contienen y su dolor se fortalece al contemplar al Dios del amor clavado en la cruz por el odio de los hombres a quienes tanto amó. Y se anima su espíritu para continuar la triste vida de su soledad, refugiada en el amor de quien ha amado mucho y se entregó a la muerte por amor.

Y oye también desde su cruz, la voz angustiada de la madre que clama desesperada ante el cadáver de su hijo. Su dolor es inmenso y no cree otro dolor mayor. Es el ser que ha tenido en sus entrañas el que ha visto arrebatado por la turba revolucionaria y asesinado cobardemente por el odio a su fé; pero al elevar los ojos al cielo en su desesperación, tropiezan con los ojos llenos de lágrimas de la madre Dolorosa que traspasada por siete espadas de dolor aún está firme a los pies del suplicio en que el hijo, que el milagro puso en sus entrañas, está agonizando lentamente después de bárbaro martirio. Y su fé se consolida, su dolor es ofrecido con la resignación cristiana más extraordinaria que puede concebir la mente humana; la resignación de la madre ante el hijo muerto.

Y escucha también la oración del viejo que se ha quedado sólo lleno de recuerdos ya lejanos y de tristes soledades. Nada espera ya de la vida y pide esperanzado que no le olvide. Su cruz es pesada, los años han hecho incómoda su vida y sus hijos... ya no le necesitan, por eso desde la tumba de la esposa muerta mira al Cristo que reina sobre la vida y la muerte pidiéndole pronto un rincón... muy cerca de su esposa.

Desde la cruz oye su petición y el viejo marcha consolado a la ciudad porque Dios le ha mirado desde su trono y le ha repetido las palabras que pronunció un día desde la cruz: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Y el niño que no ha visto a sus padres entre las flores del jardín, interrogó también al Cristo de la capilla. Sus ojos pidieron un consuelo a su soledad y vió cruzarse entre la madre y el hijo del Calvario una mirada llena de ternura y escuchó también unas palabras que había oído de labios de su madre cuando el amor materno derramaba sobre su corazón las primeras verdades de la fé: «Madre e ahí

a tu hijo...» Y el niño se fué consolado porque Dios le había dado otra madre en quien refugiarse en las amargas horas de su soledad infantil.

Y la noche fué acercándose y la soledad poco a poco envolvía de nuevo la ciudad de los muertos. En muchos hogares, la visita al Camposanto había servido de consuelo. Allí habían encontrado fortaleza en su espíritu decaído, y esperanza redentora en la misericordia de Dios. El les había hablado a sus corazones y les había recordado que «esta vida no es la vida». Que los años correrán veloces, llenos de ilusiones en un principio y de desengaños más tarde, que del mundo no hemos de esperar nunca el premio de nuestras buenas obras, que tampoco el amor ha de encontrar compensación en los corazones de los hombres llenos de egoísmo, y que sólo en Dios encontraremos el remanso a nuestras penas y nuestras amarguras.

Las campanas de la capilla donde rodeado de luces agonizaba el Cristo del Calvario, resonaban de cuando en cuando lúgubriamente, como un recuerdo constante de nuestro próximo fin.

Un día más, había transcurrido para los mortales, un día menos les separaba de aquel en que la muerte pondría fin a sus ilusiones, para comenzar la nueva vida del alma ante la presencia de Dios.

X.

## UNA HORA PARA BIEN MORIR

Han pasado muchos años desde aquellos en los que hice mis primeras armas en las Conferencias, subiendo al barrio pescador, quedando en las calles del centro que recuerdo como se recuerdan las cosas que se quieren bien, o llegando a la cuesta que subí no hace mucho, para visitar mis muertos, bordeada por el barrio que por entonces se formaba a la sombra del gran edificio que acababan de levantar los hijos de San Ignacio.

Y entre los recuerdos de la villa querida donde nací, guardo el de un hombre, pobre y oscuro patrón de una lancha, en la que varias veces salí a pescar con él, cuando los años le permitían aún entregarse a la dura brega del mar.

Hombre de corazón, a la vez entero y sencillo, me enseñó, sin pretenderlo él, cómo debe aceptarse la Divina Voluntad lo mismo en la prosperidad que en el tiempo adverso y cómo se debe apetecer y pedir, sólo el fin último, y esperar con resignación humilde y confiada el día venturoso de las misericordias del Señor.

Poco tardó el pobre Ramón en dar fondo; el viejo casco ya no admitía carena y tuvo que quedar en seco; vióse sin recursos ni medios de procurárselos y acudió a la Conferencia,

y la Conferencia me designó para visitar la casa del viejo amigo.

Estaba aquella, que no sé por qué llamaban la Casa de las Fieras, en lo alto del barrio, lindando con la pradera que corona el cerro y en una calleja corta pendiente y angosta, y vivían en ella con Ramón su mujer, vieja como él, y su hijo, calificado por su padre de calamidad porque no servía para el oficio, que para un nacido y envejecido en el mar no podía ser otro que el de pescador. Repugnábale el hijo, poco arriesgado y de delicada complexión y hubo que dejarle en tierra, con desencanto del viejo marino, para que se las buscara por otra industria; y Ramón tuvo que guardar los pobres bártulos de la suya, que conservó, como en misero museo, hasta su muerte.

En las tardes de invierno y al son de las lluvias y del vendaval que rugía afuera, nos contaba, en las visitas semanales, las peripecias de su larga vida, ya luchando con el mar en la frágil lancha pescadora, ya sirviendo como rayuno en los barcos del Rey, y matizaba la narración con pintorescos episodios, que no encontré en ningún pasaje del Evangelio, de la vida de San Pedro, al que, por ser pescador, tenía singular devoción; y cuando las privaciones, los achaques o los disgustos le apretaban, nos los confiaba en la tierna expansión de aquella alma que veíamos levantarse de la exígua figura del viejecillo, fuerte y robusta, cuanto el cuerpo débil, para terminar, tras un breve silencio, con un paciente ¡vaya por Dios! y el suspiro de siempre, El nos dé una hora para bien morir; y será bastante.

Pasó el último invierno que por entonces viví en la villa y dejé a los pobres viejos que nada deseaban de por acá abajo, y pasados pocos años, volví por allá y volví a la Conferencia y volvieron a señalarme la visita de Ramón.

Habían muerto su mujer y su hijo y vivía con su hija, casada y madre de una niña enferma, al lado de cuya cuna encontré al viejo entristecido porque la niña—decía—muérese a puños, señoritu.

Traté de animarle diciéndole, aunque no lo creía yo, que los niños son la flor de la maravilla y pasan de un salto, de la más extrema gravedad a la más perfecta salud, pero él movía tristemente la cabeza, y cuando me despedí y me dió la mano temblorosa y seca, me dijo con la amargura del que ve inevitables sus temores:—Qué vamos a hacer; ¡sea todo por Dios!

—No se equivocaba. Dos días después, le encontré en la calle encogido y absorto; y cuando le llamé la atención y le pregunté por la nieta:

—¿No i lo decía yo?—me dijo.—La probina murió aquella misma noche y quedóse diciéndome así, adios, con la manina.

Y a manera del «Nunc dimittis» del santo Simeón; a cuya fe podemos comparar la de este pobre viejo continuó éste:

—Ahora sí que ya puede llevame el

Señor. Ya i lo pedí cuando murieron ella y el rapaz; pero El, non sería pa bien entonces, non quiso. Bueno, está bien. Pero ahora que me llama la niña, si quedará, ¿verdad?

Y repitiendo la continua súplica:

—Ya quedará llamame y llevame en una buena hora de perdón que me quiera dar.

Y no tardó en morir con la muerte que pedía, apacible, serena, cristiana, como tenía que ser la de aquel justo que en la lancha se santiguaba e iniciaba el Padre nuestro antes de echar la red, y no colérico ni maldiciente como otros, sino con un resignado ¡vaya por Dios!, miraba en los días de pesca escasa cómo al sacar la red, iban apareciendo sobre las aguas mailas y más mailas que sólo traían unas docenas de argentadas manchas de sardinas.

No sabe mi pluma dar a estos, al parecer insignificantes rasgos de una vida humilde, el debido relieve, para que se vea que ellos y otros como ellos que vemos todos los días, no son las características de los que se suelen llamar pobres hombres y, entendiéndolo mal, pobres de espíritu, sino las de los llamados también así por los labios de Cristo, que los llamó al mismo tiempo bienaventurados porque están desnudos de ambición, son dueños de sí mismos y no esclavos del orgullo y son cumplidores del deber, piadosos con los demás y obradores de paz.

Y al recordar a este pobre pescador que aprendió a acatar la voluntad de Dios en la sublime escuela de las tempestades donde vió el poder del Señor y su grandeza, para seguir acatándola en las borrascas del espíritu, me pregunto si podemos los demás alegrarnos en la victoria sobre nosotros mismos, y veremos entonces que los mansos y humildes no merecen menosprecio, sino admiración.

Los que en las venturas y en las adversidades tienen siempre en los labios el humilde «sea todo por Dios», son los escogidos que consiguen del Señor una hora para bien morir.

J. R. SPOK.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Las turbas que seguían a Jesús hubieron de escuchar éstas palabras:

—En verdad, en verdad os digo que viene el tiempo y estamos ya en él en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios y los que la escucharen vivirán...

Quienes seguían al Maestro de Nazaret cada día tenían que sorprenderse de oír de sus labios cosas nunca oídas hasta entonces y tan extraordinarias que a algunos espíritus poco desligados de las cosas de la tierra, les hacía dudar y renunciar a seguir aquel hombre cuyas palabras llegaban al corazón de los sencillos y de los humildes, hiriendo el orgullo de los que se creían poderosos en el mundo.

La muerte era el problema que preocu-

paba a los filósofos desde hacía algunos siglos y pretendían explicarse la inmortalidad por medios humanos. Jesús de Nazaret, les dió amplia explicación a sus dudas metafísicas, comprendidas por los sanos de corazón y rechazadas por las mentalidades intelectuales de aquellos tiempos.

Y es que Dios se hace comprender mejor por el corazón que por la inteligencia, por eso le seguían las turbas entusiasmadas y por eso le condenaron a muerte los orgullosos y los soberbios.

El problema de la inmortalidad del alma y de la existencia de un mundo espiritual después de la muerte del cuerpo, ha sido problema que ha preocupado a los hombres de todos los tiempos.

Forzoso es admitir por la propia experiencia, el fatal fin que nos espera; pero nuestra inteligencia nos habla también de que hemos de estudiar el problema de la inmortalidad. Nuestra vida se prolongará un reducido número de años, y después...

De éste «después» no debemos preocuparnos. No podemos echar a un lado asunto tan importante para cada uno de nosotros. Con serenidad y con juicio acertado hemos de enfrentarnos con esta honda preocupación que nos abruma desde que la razón nos ha trazado el camino inexorable de nuestra existencia. Con toda la mejor voluntad posible y con la mayor honradez debemos de preocuparnos por aclarar este enigma para muchos y que los sabios de todos los tiempos nos han procurado resolver.

A los pocos años de escaparse la vida de nuestros cuerpos un poco de polvo será todo lo que reste de lo que fuimos en la vida del mundo. Triste fin si en eso termina toda nuestra existencia. Feliz la humanidad si al fin de la vida puede encontrar una justicia mejor que la que los hombres han administrado entre sus semejantes.

El hombre religioso es en el mundo más feliz que el hombre que no cree. La fé anima su vida y la hace más agradable. Sus dolores son llevados con más entereza y resignación. No desespera y sin embargo espera con calma su hora. Sabe que ningún sufrimiento, ni ningún dolor de los que ha padecido resignadamente ha sido valdío. Confía y espera. Su fé no está cimentada por axiomas científicos. Dios ha hablado a su corazón y el corazón no le engaña. También su inteligencia admite los dogmas que le dicta el corazón y vive feliz esperando el día que Dios le emplace para acudir a la cita que fatalmente ha de llegar. Después sabe también... que resucitará de entre los muertos «para oír la voz del Hijo de Dios» el cual juzgará sus actos que su conciencia le dice... fueron buenos.

Por el contrario el hombre sin fe, el que niega la inmortalidad de su alma, el que no espera una justicia mejor y ciego a la misma naturaleza rechaza la existencia de un Dios creador de cielos y tierra ante el cual tendrá que rendir cuentas cuando la vida haya llegado a su fin, ese hombre vive en continua preocupación, sus ansias de felicidad ni son satisfechas, ni la esperanza consigue mitigar sus afanes. La resignación nunca calma sus dolores y las des-

gracias de la vida van agriando su carácter hasta la desesperación.

La muerte es una obsesión que le aterra. Las enfermedades y el dolor son algo que no puede admitir con la resignación cristiana del creyente. En su corazón el amor no puede encontrar cobijo, sólo el odio puede llenar todas las fibras de su ser.

¡Desgraciado el hombre que no tiene en su corazón el rayo de esperanza de la fé que le dice lo que ha de esperar su alma más allá del sepulcro!

Y Jesús de Nazaret, después de anunciarles el fin del mundo y la venida sobre las nubes del cielo del Hijo del hombre para juzgar a los que vivieron en este valle de lágrimas, terminó diciendo:

—«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.»

R.

## A LA RUEDA RUEDA

La vida que pasa,  
la vida que llega,  
la vida que sigue jugando  
a la rueda rueda.

Surco del camino,  
torcida vereda  
trazaron mis padres alegres  
en días de siembra.

Seguían los pasos  
marcados en tierra  
por mis cuatro abuelos, la misma  
vereda entreabierta.

Mis padres y abuelos  
ya dieron la vuelta,  
y hallaron la muerte en el juego  
de la rueda rueda.

Yo planto el camino  
de su sementera;  
el mismo que antaño trazaron,  
en la misma tierra.

Hoy siembro y mañana  
llegará la siega;  
será recogida por otros  
mi propia cosecha.

Quizás esos mismos  
sigan la faena  
al dar yo la vuelta terrible  
de la rueda rueda.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, noviembre de 1945

## ESPAÑA CIVILIZADORA Y EVANGELIZADORA

Cuando al hojear la historia gloriosa de nuestra Patria, tropezamos con frases tan hermosas y consoladoras como aquella que dice: «En los dominios de España, no se pone el sol», conocida de todos y desgraciadamente por muchos olvidada, nos suena así como a algo mitológico, sin duda, porque los siglos de decadencia que España lleva vividos nos acostumbraron ya a nuestra soberanía casi exclusivamente peninsular, pareciéndonos un sueño que

en algún tiempo fuéramos algo así, como los «árbitros» del mundo; aparte de que esta elocuente oración de nuestra grandeza, data ya del siglo XVI y no en vano han transcurrido 400 años, tiempo muy respetable para la frágil memoria del hombre. Pero de que su significado es real, de que Cristóbal Colón, animado y ayudado por los monarcas católicos españoles descubrió un continente ignorado, y de que la gloriosa enseña de nuestra Patria, ondeaba por todos los confines del mundo, es tan cierto, como que España existe; pero si no basta la veracidad de nuestra historia, ¿habrá pruebas más fehacientes, que nuestra civilización y cultura llevada y enseñada con verdadera fraternidad a nuestros conquistados?—¿Es poco elocuente que en la actualidad y pese a nuestra sensible decadencia, se hable nuestro idioma por más de 105.000.000 de seres humanos?—Ante tan diáfanas razones, convengamos pues sin resquicio alguno de duda, que España, haciendo caso omiso a las negras leyendas inventadas para eclipsar sus glorias sin par, fué grande, muy grande y que el mundo le debe mucho, pues que en sus posesiones, trató siempre a los habitantes como «prójimos» nuestros, como Dios quiere y manda que sea el trato entre cristianos, sin distinción de razas, porque la primera tarea que nos impusimos fué enseñar la doctrina de Cristo, llevada con amor y no pocos sacrificios y martirios a todas partes por nuestros misioneros y religiosas, protegidos por el Gobierno monárquico español.—Aquella grandeza que España vivió hay que atribuirle a que los deseos e inquietudes de todos los ciudadanos unidos, eran interpretados y ejecutados por la suprema Autoridad rectora de los destinos de la comunidad nacional, como un servicio prestado en beneficio de Dios y de la Patria; pues los Reyes Católicos ejercían su autoridad como vicaría de Dios y sus determinaciones, producto de asesoramientos cristianos, eran desinteresados y encaminados siempre al bien común.—España, nunca ambicionó conquistas territoriales para imponer en ellas su yugo a los pueblos que descubría, le entusiasmaba más y era su norte obsesionante, evangelizarlos, conquistar almas, pues esas conquistas no se pierden, aunque la desagradecida mente humana, devuelva las más de las veces, mal por bien.—Los españoles fuimos los primeros que, con gran estupefacción de los mismos, llamáramos hermanos a los indígenas, y nuestra primera labor era mostrar a los mismos, nuestros adelantos y cuando su civilización era suficiente para regirse y gobernarse por sí solos, se les daba la independencia. ¡Así es España!. Nunca apeteció conquistas, ni quiso luchas. Ama la paz; por eso se observa que en todos los conflictos mundiales procura su neutralidad y desde esa pacífica postura, mitigar sufrimientos a los «hermanos» en guerra, ofreciéndose como intermediaria, sin especulación, ni esperar recompensas por unos servicios que ella hace cumpliendo su misión como Nación civilizada y católica.—Si España, hubiera dominado de un modo tirano, imperialista o egoísta en sus posesiones habidas, ahora, después de la decadencia, estaría relegada y mirada por el mundo, como a un rico

empobrecido por sus yerros y que pide limosnas, pero como su imperio, sus inmensas conquistas fueron espirituales, y a pesar de las negras leyendas que en todos los tiempos pululan, las conserva, o las rescata volviendo por las mismas rutas gloriosas de unidad y espiritualidad de nuestros mejores días, podemos seguir repitiendo con el recuerdo fijo en aquellos grandes monarcas católicos, que actualmente: «En los dominios espirituales de España, no se pone el sol.»—J. A.

COMENTANDO

DICHOSA GEOGRAFIA

Ya he estudiado dos veces a fondo la ciencia geográfica, y tengo que confesar mi supina ignorancia en la materia. Es el estudio de la Geografía algo así como una novela descriptiva o como un noticiero cinematográfico.

En la primera parte, o sea, la que corresponde a los estudios geográficos del primer curso de mi Bachillerato, recorrí todo un mundo de maravilla. Allí ví, con los ojos ávidos de saber de mi inteligencia infantil, un inmenso imperio llamado Austria-Hungría, que posaba las pomposas galas de su majestad de opereta con ritmo de vals, en su capital partida por gala en dos, por la hoja de plata y espuma del Danubio. Y se llamaba esta ciudad Buda-Pest.

Y desfiló por la pantalla de mi inteligencia de niño, un reino llamado Servia, en cuya ciudad de Serajevo se perpetró el asseinato que dió lugar a la primera Gran Guerra. Y recorrí el reino de Montenegro con su capital Cetigne. Y aprendí que la capital de Bulgaria tenía nombre de

mujer y se llamaba Sofía, y que la nación búlgara tenía una vecina llamada Rumanía.

Y también el Asia me brindó el encanto de sus secretos ancestrales, y en el Imperio del Sol Naciente, ví la capital japonesa que se llamaba Tokio o Yedo.

Después, vino la catástrofe con colores de derrota y de espanto para los mismos triunfadores. Las bocas tragonas del odio y del rencor, hicieron desaparecer del Japón el nombre de Yedo, y sepultaron la unidad política del Imperio Austro-Húngaro, y devoraron el pequeño grano de mostaza de Montenegro. Y los convenios de paz fueron una sementera que germinó al calor del apasionamiento, y sus frutos fueron el motivo de mi vuelta al estudio geográfico. ¡Qué de vástagos le nacieron a Europa! La patata del mundo se llenó de gúanos. Brotó Finlandia con Polonia, dispuestas a dar motivos de guerra. Surgieron Letonia, Lituania y Estonia como tierra de promisión para sus vecinos. Nacieron Yugoslavia, Albania y Checoeslovaquia, con pujos de discordia. Y llegó la independencia de Hungría separada de Austria nada más que porque sí.

Todas estas naciones ganaron su independencia. Pero al llegar los calores veraniegos del apasionamiento reinante, hubo nueva distribución de acentos, y Tokio se llamó Tókió; Sofía perdió su feminidad con el acento y se llamó Sófía; Rumanía se llamó Rumánia. Igual, igual que el calor, que, según el chístecito vulgar, dicen que se acentúa por el verano.

La nueva Geografía era más confusa que la anterior, pero la estudié con verdadero placer y entusiasmo. Y llegó un día en el que pude lanzar un grito de victoria: ¡Por fin, ya sé Geografía!... ¡Estaba apañado! Las Cancillerías extranjeras, dijeron que aquello ya no valía, y que le estaban haciendo a la tierra un trajecito nuevo. Hoy se lo están confeccionando, y temo que sea de astrakán. Todavía no se sabe si será un elegante chaquet, o la blusa festonada de triángulos de un albañil. Lo que sí se puede asegurar, es que después de tantos estudios, yo no sé una palabra de Geografía.

¿Cuándo habrá formalidad, señores Cancilleres y Sastres del Mundo? Al menos, ya que hicieron inútiles mis desvelos, páguenme el importe de los libros que me hicieron comprar.

HERO

Solución al Crucigrama N.º 17, por Morán

HORIZONTALES.—1. Almaleque.—2. Arias - Nutre.—3. Lepe - I - Emir. 4. Glasé - Arnac.—5. AA - Ostia - LS.—6. R - P - Sas - O - T.—7. Re - Tecla - Ar.—8. Nocla - Ainsa.—9. Liad - XII - Tres.—10. Aaos - Pireo.—11. Ornamento.

VERTICALES.—A. Algarrada.—B. Alera - Elato.—C. Lipa - P - Ciar.—D. Maeso - Tolón.—E. As - Essen - SA.—F. L - I - Tac - XII - M.—G. En - Aisla - Pe.—H. Quera - Nisa.—I. Utmn - O - Tren.—J. Erial - Aireo.—K. Eros-trato.

CESAR A. PRIETO  
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.  
Dibujos y presupuestos gratis.  
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115  
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17.20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO  
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO